

NATURAL DE LA CIUDAD española de Córdoba (1930), este dramaturgo, novelista, poeta y ensayista alcanzó notoriedad en el mundo de las letras al ganar el Premio Planeta con su primera novela, *El manuscrito carmesí*. Siguió con *La pasión turca*, *Más allá del jardín*, *La regla de tres*, *Las afueras de Dios*, *El imposible olvido* y dos libros de relatos: *Los invitados al jardín* y *El dueño de la herida*. Su obra poética, iniciada con *Enemigo íntimo*, reconocido con el Premio Adonais de Poesía, prosiguió con *Testamento andaluz*, *Poemas de amor* y *El poema de Tobías desangelado*. Con su comedia *Los verdes campos del Edén* comenzó una larga y fructífera carrera como dramaturgo, con obras como *Anillos para una dama* y *Petra regalada*. Su firma como articulista de prensa es una de las más prestigiosas de España, pues ha producido textos que han sido recopilados en los libros titulados *Cosas nuestras*, *Charlas con Troylo*, *En propia mano*, *Cuaderno de la dama de otoño* y *Dedicado a Tobías*. Este último libro compiló una serie de artículos que fueron publicados en la revista dominical del periódico madrileño *El País* durante el año 1987, todos dedicados a un niño llamado Tobías, hijo de una amiga andaluza, quien regresaba con su padre a vivir a los Estados Unidos. Para que ese infante aprendiera la lengua castellana en ese país, le dedicó un artículo semanal con reflexiones, recuerdos y fragmentos autobiográficos. Para regalo de los lectores de la *Revista de Santander* se han escogido seis de esos artículos, como ilustración de una de las mejores plumas de la lengua española en la actualidad, pese a su ya larga enfermedad que no le quita su buen sentido del humor, ejemplificado en el epitafio que escogió para su tumba: “No os molestéis, conozco la salida”.

Tu nombre

Para un escritor, más que para nadie, el nombre es lo nombrado. Un compatriota mío dice de los franceses: “Que esa gente le llame al pan *pain*, y al vino *vin*, pase; pero que al queso le llame *fromage*, ya es de tener mala leche”. Nombrar es poseer. Según la Biblia, Dios llevó ante Adán todos los animales del campo y las aves del cielo para que, como dueño, los nombrara. Cuando un enamorado pronuncia el nombre de quien ama, lo abraza al mismo tiempo. Nadie aprende su nombre verdadero sino cuando es llamado con amor. Yo he elegido pensar que el mío procede de Anteo. Anteo fue un gigante, hijo de Poseidón —dios del mar— y de Gea, la

Tierra. Del contacto con ella recibía su fuerza. En su lucha con el invencible Heracles, cada vez que era derribado adquiría nuevo empuje y se recuperaba. Su rival hubo de levantarlo por el aire, y allí lo estranguló. Lo cual me recomienda no correr el riesgo de elevarme sin plantar con firmeza en la tierra los pies.

Tú fuiste bautizado en Córdoba, la ciudad de tu madre. En Córdoba han copulado y dejado sus hijos las más altas culturas de este mundo. Hoy Córdoba es una oquedad, apenas una sombra de sí misma, un yerto testimonio, un recuento de agravios. Los cordobeses, cuando actuamos como tales, nos pasamos la vida volviendo la cabeza,



orgullosos de ayer, custodios no excelentes de la gloria y el brillo y la sabiduría de nuestros antecesores; intentando semejarnos a ellos desde un abandono provinciano; enseñando sus ruinas carcomidas; restaurando nuestras pobres facciones, que aún recuerdan las tuyas. Hoy Córdoba es uno de esos lugares donde la Historia levantó su tienda y se irguió y se coronó y descansó unos siglos antes de proseguir. O sea, hoy Córdoba es lo mismo que mi mundo respecto de tu mundo, según lo mires tú. No será malo, pues, insistir en dónde fuiste bautizado.

El bautismo es un rito iniciático, como el de tantas otras religiones. Quizá tú, de mayor, elijas, como yo, no ser católico.

Por querer ser más, o no querer ser nada. La Iglesia católica, desde hace 2000 años —puede que no sea mucho— ostenta su certeza de perdurabilidad. Al parecer, ni las puertas del infierno, que no se sabe de fijo qué será, prevalecerán contra ella. El bautizo es el salvoconducto de entrada, el umbral de la vida y el reino, el primero de los siete sacramentos, por el que los hombres, “libres del poder de las tinieblas, muertos, sepultados y resucitados con Cristo, reciben el Espíritu de los hijos de adopción, y celebran con el pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor”. (Son palabras del concilio Vaticano II, reunido hace unos veinte años y puesto en cuarentena ya. Supongo que la perviven-

Después de abundantes súplicas a los santos principales, el celebrante te exorcizó para redimirte del dominio de Satanás y llevarte al reino de la luz, una vez lavado del pecado original —heredado como el faldón— con el detergente que lava más blanco: la gracia del bautismo.

cia de la Iglesia, como la de cualquiera, consiste en adaptarse.) Cada niño es presentado en la ceremonia por sus padrinos. (El que no los tiene buenos —decimos en España— no hace buena carrera.) Yo decliné el honor de serlo tuyo: excesivas responsabilidades espirituales para una fe tan indecisa y personal como la mía. Sin embargo, acepté elegir tu nombre.

La Córdoba dieciochesca fue muy devota de san Rafael, uno de los siete arcángeles que asisten al trono del Señor. A partir de un terremoto, sorprendentemente, se consideró protegida por él, a la manera de las ciudades matrices del Cristianismo. Incluso el propio arcángel —al que tú llamarías un poderoso extraterrestre— confirmó en esa época su encargo divino de guardar la ciudad. No era la primera vez que descendía a la tierra, ni que ejerció su nombre, medicina de Dios. Antes ya acompañó a un muchacho, hijo de un ciego, que iba a cobrar unos recibos lejos de su pueblo —Nínive—, y les proporcionó, al primero, una buena boda y, al segundo, la vista. No extraña que en numerosas plazas cordobesas se alcen los triunfos de san Rafael —columnas más o menos esbeltas con su no siempre grácil figura sobre ellas—, ni que un alto porcentaje de cordobeses se llame como él.

Acaso demasiados: era prudente, sin escapar de su ala protectora, encontrar otro nombre. El que más me atrajo fue Azarías. Cuando el padre del muchacho ninivita le preguntó al mancebo con cuyo cuerpo

se revistió el arcángel cómo se llamaba, él respondió tras una reticencia: “Soy Azarías”. Este fue el nombre del ángel encarnado, del humano disfraz del mensajero, del soberano camarada. Pero tu madre se negó. Aseguraba, riendo, que era el condicional del verbo azar —*asar* en andaluz—; que era un nombre improbable, impronunciado e impresentable; que habría que explicárselo uno a uno. “De entrada, al cura, Ya verás”. Fue entonces cuando decidí cómo llamarte. No con el nombre del protector, sino del protegido; no del guía, sino del peregrino; no del taumaturgo, sino del beneficiario.

“El señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; / me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. / Prepara una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; / me unge la cabeza con perfumes y mi copa rebosa. / Su bondad y su misericordia me acompañan todos los días de mi vida, / y habitaré la casa del Señor por años incontables”, cantaban los invitados. Mientras tú —ajeno a las mesas, las copas y los enemigos—, casi invisible entre los encajes del faldón y la capa y el gorro de cristiano de los abuelos de tu madre, eras recibido en el atrio por el sacerdote. Después de abundantes súplicas a los santos principales, el celebrante te exorcizó para redimirte del dominio de Satanás y llevarte al reino de la luz, una vez lavado del pecado original —heredado como el faldón— con el detergente que lava más blanco: la gracia del bautismo. Te ungió preventivamente en el pecho con el óleo de salvación, aunque no fue sencillo soltar los aviesos lazos que te ataban (a los de seda, me refiero). Luego vino la bendición e invocación de Dios sobre la pila. Tú ya habías empezado —incrédulo todavía, morito todavía— a berrear. Entre berridos, tus padrinos renunciaban a Satanás, a sus pompas, a sus obras y a sus seducciones. Tus gritos rebasaron lo verosímil al profesar, en tu lugar, su fe en la Santísima Trinidad y en todo el resto. Por fin se te impuso el nombre: Tobías. Te callaste unos segundos como si hubieses

comprendido. Solo unos segundos. Al sentir el agua sobre la cabeza; al sentir en la coronilla, tan floja aún, el santo crisma, “para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey”; al volverte a liar en la ropita —“consérvala sin mancha hasta la vida eterna”—; al encender tu vela rizada en el grueso cirio pascual “para que camines siempre como hijo de la luz”, toda la Iglesia católica, no solo el baptisterio, era una gran berrea. También como si hubieses comprendido el berenjenal en que te metíamos.

Te llamabas Tobías. El rito había acabado; tu tarea empezaba: hacerte un hombre. Nunca fue cosa fácil, te lo juro. Pero ahora —a pesar de Dios, padre sobrenaturalizado, o desnaturalizado, que viene a ser lo mismo; a pesar de las ayudas celestiales; a pesar de Azarías—, ahora, creo que es imposible. Tú sabrás.

Cuando crezcas

La edad no garantiza casi nada. Para ti, Tobías, el crecimiento solo. Él te transformará en adulto sin contar contigo; pero un adulto no es siempre un hombre. Te harás útil a la sociedad que te rodea y te ha visto crecer: ¿serás hombre por eso? No se trata de algo en que puedas convertirte de pronto, ni sin tu voluntad, ni sin tu esfuerzo. Es el producto de un trabajo larguísimo: muy pocos lo concluyen.

Cuando crezcas verás junto a ti gentes que creerán ser felices, que lo serán a su manera, o quizá a una manera que les es impuesta. Si tú también te sientes feliz y nada te preguntas, no leas esta página; no eres tú su destinatario. Pero si te desgarran el aullido de un mundo en el atardecer; de un mundo ajeno al sol que existió un día; que tiene frío y que no entiende, o peor, que sospecha que nada hay que entender; el aullido de un mundo que sufre sin que nadie aceche su sufrimiento, sin que nadie lo torture, sin que nadie lo observe con una sonrisa de complacencia o de malignidad; de un mundo en el

La edad no garantiza casi nada. Para ti, Tobías, el crecimiento solo. Él te transformará en adulto sin contar contigo; pero un adulto no es siempre un hombre. Te harás útil a la sociedad que te rodea y te ha visto crecer: ¿serás hombre por eso? No se trata de algo en que puedas convertirte de pronto, ni sin tu voluntad, ni sin tu esfuerzo. Es el producto de un trabajo larguísimo: muy pocos lo concluyen.

que todo, todo cuanto sucede no es siquiera una broma gratuita, porque no hay quien le gaste esa broma, porque sencillamente nada tiene el menor significado, entonces, Tobías, sí: entonces en ti ha brotado la semilla del hombre. Del hombre que no ve la cara de ningún dios y, a pesar de eso, anhela la serenidad para actuar serenamente; que no se cubre las espaldas con otra vida póstuma y, a pesar de eso, vive valeroso esta. Tal comeción, tal desolación son el reino del hombre, que se halla, como todos, al borde de un abismo.

No sé si entenderás lo que te digo. Te hablo de siglos atrás; te hablo desde mi siglo, que no va a ser el tuyo. Ni las palabras cuentan lo que contaban, ni los sentimientos representan lo que representaron, ni las aspiraciones son las mismas. No obstante, mantengo la esperanza de que el hombre a que me refiero no habrá mudado esencialmente.

Hubo un tiempo en que el ser humano, como tú, se puso de puntillas y creció. Por eso se llamó Renacimiento: porque nació el hombre, no porque retornara a la antigüedad clásica. La individualidad germinó como una flor, tan solo repentina en apariencia. El hombre aprendió a ver. Y se vio más pequeño y más grande que el mundo. Percibió que el universo estaba vivo, y que se brindaba. Todo a su alrededor fue signo, enlaces misteriosos, entropías, analogías, correspon-

La falta de responsabilidad individual es atractiva: se descansa en ella; pero es también una derrota. Recházala, recházala. Ninguna obediencia puede ser absoluta: ni a la religión, ni a poder alguno, ni al amor. Ser hombre es no arrodillarse nunca y en cierto modo transgredir; o poder transgredir.

dencias sutiles, simpatías desconocidas. Y él en el centro, sumiso y coronado a la vez, cambiante y perfectible, capaz de ascensiones y descensos, replicador e interrogante. Percibió que era alguien mudadizo y vertiginoso; colocado, sin patria fija, entre el cielo y la tierra; reclamado por la mortalidad y la inmortalidad; libre de darse forma o deformarse, de buscar la maldad y la bondad, o de sentarse a comer y a beber aguardando la muerte. Percibió, sobre todo, que su razón personal no tenía por qué adherirse sin condiciones a la del universo, y que de una y de otra debía salir la explicación de ambos. Y dedujo dos consecuencias radiantes y costosas: que el destino podía ser escrito por cada uno, y que cada uno era absolutamente responsable de sí mismo. La vida, por lo tanto, se transformó en una aventura plena de sentidos que había de vivirse con pasión de uno en uno,

Pero aquel hombre disponible y completo —matrimonio de la razón y de las fuerzas escondidas, sede del bien y el mal, investigador de la alquimia y la química, de la magia y la técnica, de la ciencia como arte y el arte como ciencia— no vivió mucho. Lo mató la política, fraccionando su mundo en naciones belicosas. Lo mató el pensamiento, empequeñecido por el racionalismo. Lo mató la ciencia mecanicista y desilusionada. Lo mató la religión, que ciñó el orbe a su mediocridad de Reforma y Contrarreforma. La extinción de aquel hombre completo trajo luego

la tecnología que caracteriza, sobre todo, tu época. Sin embargo, un clamor quedó vibrando por el aire, de siglo en siglo, para que algunos —privilegiados o condenados, qué sé yo— lo escucharan.

De un hombre solo es del que te hablo: el imposible de reducir a fórmulas ni a cifras, el exento de las estadísticas, el que padece el hervor de las rosas y la armonía de los astros y la insatisfacción de las interrogaciones y la curiosidad de todos los saberes, el que confunde su rostro con el del verano y su voz con la voz del mar. Te hablo del hombre que puede ser libre sin ser rico; fuerte, sin usar uniformes; heroico, sin tener que morir; justo, sin creer en la perdurabilidad; solidario, sin estar vigilado; superior, sin ser cruel. Ignoro si el mono, perfeccionándose meticulosamente, llegó a hombre; sé que el hombre, perfeccionándose, llega a dios. Un dios modesto y cotidiano, percedero y vulnerable, pero dios. La divinidad no reside en la omnipotencia, ni en la eternidad, ni en la inmutabilidad; ser dios quizá consista en ser hombre hasta las últimas y mejores consecuencias. Y qué lejos estamos ahora de ser dioses.

Óyeme bien, Tobías. Si a un hombre pueden considerarlo un desecho los otros hombres, la Humanidad es un estercolero. Lee bien: un hombre solo. La falta de responsabilidad individual es atractiva: se descansa en ella; pero es también una derrota. Recházala, recházala. Ninguna obediencia puede ser absoluta: ni a la religión, ni a poder alguno, ni al amor. Ser hombre es no arrodillarse nunca y en cierto modo transgredir; o poder transgredir. Si los hombres fuesen verdaderos, no habría guerras, Acaso la sociabilidad se hiciese más difícil —o no—, pero las guerras se harían imposibles. Acaso los avances tecnológicos —los únicos que importan hoy— fuesen más lentos, pero desaparecería el riesgo de barbarie al triunfar la unidad de la vida. El individuo es quien sufre, quien se impacienta, quien fracasa; la especie es quien espera. Quizá el individualismo sea un pecado contra la Naturaleza —¿también lo



es ya la poesía?—, pero el hombre es más que la Naturaleza. Ahí está su tragedia y su magnificencia: ser desesperadamente él mismo contra los otros y en beneficio de ellos.

Durante cientos de años sociedad se ha confundido con Estado, y Estado con castigo y opresión. Hay que volver a exaltar lo social solo como apoyo y peana de lo individual. Ni la sociedad debe abdicar en el Estado sus responsabilidades y sus prerrogativas, ni el individuo en ella su irrepetibilidad y su primogenitura. Yo, en tan irreconciliable oposición, siento hoy la nostalgia del que ha sido engañado. Tú, si es que piensas, la sen-

tirás también. Que esta página te sirva para sentirla aún más: como la única justificación de la vida, que en sí misma no es mucho, pero sí por lo que en ella a solas decidamos. Con todas tus fuerzas grita yo, Tobías. Grita yo hasta la muerte y más allá.

La caricia

El hombre, mientras vive, apenas aspira más que a comunicarse: hacer partícipe a otro de lo que tiene; descubrir o manifestar a los demás alguna cosa o a sí mismo; consultar un asunto tomando pareceres; intercambiar ideas. La incomunicación es lo

peor del mundo —la antívda es peor que la muerte— porque impide el amor y la amistad y cualquier compañía. Yo soy propenso a usar, para comunicarme, la palabra; la palabra escrita en tu caso, Tobías, tan distante en el tiempo de mí, tan distante en el espacio. Pero reconozco que no es la mejor forma de comunicación, ni la primera, ni la más universal. Es solo un invento —maravilloso, pero solo un invento—, que ha de ser además traducido en muchas ocasiones por trujimanes que lo mediatizan. Cuánto me gustaría estar acariciándote. En este instante, en el que escribo para ti esta página, y también cuando la leas, si la lees, y ya no seas un niño. A lo mejor tu pelo no es tan rubio, y tienes una sombra de barba en la mejilla; tus labios y tus párpados han perdido gran parte de su delicadeza; se han afilado tus dedos, y en una mano mía no caben —ahora sí— tus dos manos. Á pesar de todo me gustaría acariciarte, y me gustaría que no te sintieras incómodo y que me respondieses.

No sé si el hombre ha perdido el sentido, pero sé que ha ido perdiendo los sentidos. A fuerza de comunicarse más que nada con la palabra, se está empequeñeciendo; reduce sus posibilidades y corre un riesgo enorme: el de exiliarse: tan fácil es jugar al escondite detrás de las palabras, y utilizarlas para desentenderse, lo contrario del fin para el que fueron creadas.

Ya el oído es un órgano de por sí laberíntico. Parece que el ojo y el olfato se engañan menos porque van de frente; pero cada vez nos aleja más el olor, en lugar de atraernos; cada vez recordamos menos ciertos olores que nos emocionaron; cada vez tratamos con mayor denuedo de no oler a nosotros mismos. Con los desodorantes y los perfumes nos vamos igualando, somos intercambiables. Los pasos del amor, tan frágiles, necesitan andariveles, apoyarse en olores recónditos, personalísimos, como el balancín de los funambulistas. Y, sin embargo, pretendemos enmascarar la exhalación

de nuestros sudores, de nuestro vello, de nuestra lengua. Y se confunde, ante la uniformidad, el amor, y tropieza... ¿Y el sabor? Aparte de que nuestra boca, cuando se ofrece a otra, no sabe más que a menta o eucalipto —cuando no a violeta, que es más triste—, todas las cosas saben cada día menos a ellas mismas. Los hermosos frutos, por ejemplo, cultivados en viveros con prisa, madurados en cámaras, apenas si son una vislumbre, un vago eco de sí mismos. Igual que la noticia, en un periódico, de un crimen pasional: se da el número exacto de puñaladas, pero no la desesperación, no los celos infinitos, las horas infinitas de soledad, la ceguera fatídica y roja del desamor.

El hombre es su anhelo de comunicación. No obstante, parece que hiciera lo imposible por no comunicarse. Él es su territorio y, como un animal, lo marca y lo clausura. La piel es su frontera: allí se acaba. Y levanta murallas entre sí y los demás. No conozco alianza más fundada que el tacto, ni expresión más directa que el contacto. Pero cuánto falso pudor, cuánta desconfianza, qué temores. Si estrechamos una mano fue, en principio, para asegurarnos de que venía desarmada; hoy es ya para separar, para decir “no se pasa de aquí, a mí no se me toca”. Tus compatriotas han estudiado la burbuja en que nos desenvolvemos: una burbuja de cuatro o cinco metros de diámetro en lo público; en lo privado, tres peldaños: el del respeto, de dos o tres metros; el de la amistad, de uno; el del amor, inferior a medio. Una proximidad que quebrante esa regla provoca malestar. Nos quejamos de aislamiento y de abandono, y los estamos exigiendo a gritos. De ahí que nos lancemos al sexo igual que a una piscina, con una fruición desahogada, y una esperanza de correspondencia. Pero el sexo no es solo biología, es también biografía: la última etapa de un diálogo previo. La penetración no lleva sola a la compenetración. El sexo sin amor es silencioso: en él ningún acercamiento se culmina.

Las manos. El secreto está en ellas. Qué expresivas sobre la frente ajena, sobre el cuello, los hombros, el brazo, la cintura... Pero hemos rebajado la caricia al masaje. Acaso porque, pagando, nos da menos vergüenza que alguien aborde y roce nuestros límites. Olvidamos que nacemos envueltos en la piel, expuestos dentro de ella; que padecemos hambre y sed de piel. Si tu madre no te hubiese acogido acurrucado sobre ella, y oído tú el tictac de su corazón; si no te hubiesen consolado en el único idioma que no ha de aprenderse, el interminable idioma común de las criaturas; si no hubieses recibido la garantía del amor a través de la caricia, ¿qué habría sido de ti, Tobías, qué habría sido de todos?

Hand made, se dice para cobrar más caro; pero qué lentamente se retorna al oficio manual, cuánto desdén inspira la mano en el trabajo y en la comunicación. La palabra, en la comunicación y en el trabajo —el mío, el de escritor— goza de mejor prensa. (Y es injusto. Aunque, en el fondo, el idioma no lo es: mecánica —o sea, lo que sustituye a la mano— viene de *moechus*, fornicador, adúltero. En efecto, la máquina adultera al interponerse entre la mano y la tarea. Ya me dirás qué ocurre con la tecnología, depurada y aséptica, cuando además de adulterio cometa asesinato.) Ese mismo proceso de desvirtuación sufre el hombre. En el Tercer Mundo —qué risible ufanía la del que distribuye el ordinal— aún se toca la gente sin precisar la excusa del amor: van los hombres del brazo, cogidos de las manos, enlazados los dedos, por la calle. No temen la ternura. Se encuentran con júbilo, se besan, se oprimen uno a otro, se separan, se miran y vuelven a oprimirse. Hasta la lucha, si es cuerpo a cuerpo, tiene algo humano: es un trato violento, no una anónima bomba que, sin remordimientos, mata seres anónimos.

Acaricia, Tobías. Déjate acariciar. Con los ojos, con las manos, con los labios. Es una inacabable asignatura, un luminoso

diccionario, una caligrafía insustituible. El hombre fraternalmente acariciado, el amigo que se apoya en el hombro del amigo, el semejante que besa al semejante. Como se huelen dos perros uno a otro, pero con un significado más fecundo: una efusión de paz, de alegría recíproca, de ruptura de la agresión y de la soledad, de reconocimiento. Porque acaso sea cierto que estamos indefensos y a la intemperie y deprimidos, pero nos sentiremos mejor si nos sentimos juntos.

Adolescencia

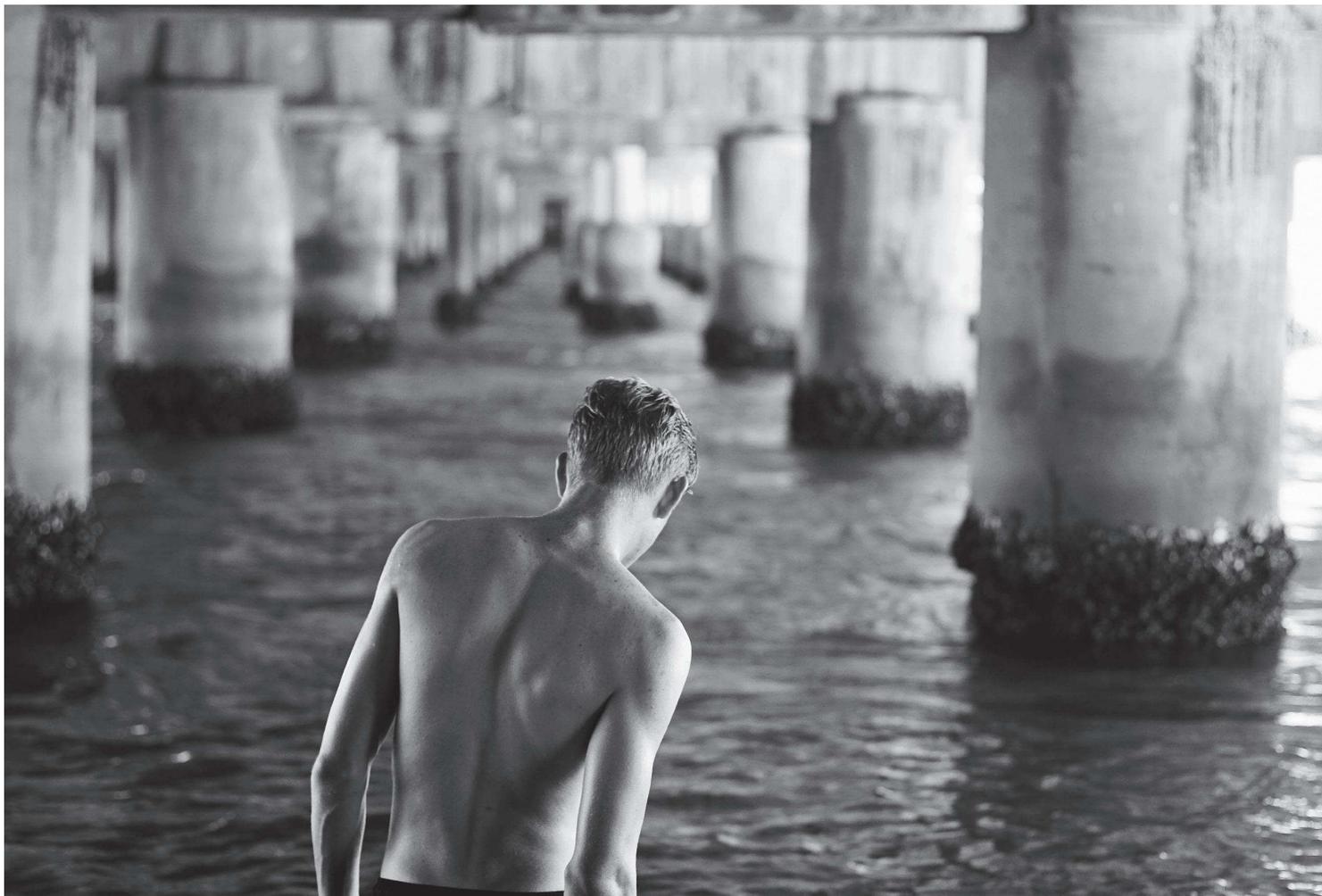
Dicen que todos los niños —cualquiera sea su país, o su raza, o su época— se comportan de la misma manera. De cachorros, los hombres son iguales: en sus actitudes, en sus juegos, en su inclinación. Acaso hasta en sus sueños. Pero ¿cuánto les dura? Son distintos los padres, las fortunas, los ambientes, el color de la piel, los climas, las civilizaciones... Me temo que no tengas, Tobías, la misma fantasía que yo tuve, como no tuve yo la de los niños que me precedieron en la turbia carrera de este mundo. Y la fantasía —es decir, el complemento de lo que nos ofrecen— es tan importante para un niño. Un niño tiene, casi siempre, que inventarse la vida, y ay de él si no la inventa. La vida es ante él una página en blanco, una posibilidad incierta, un interminable día vacío; algo que se va haciendo a la medida de sus pasos y a la medida suya: un viejo traje que es preciso adaptar; un intento que se prolonga desde su corazón, como el hilo que la araña saca de sí misma: el frágil hilo del que pende y depende... No sé si tú tendrás la fantasía que tuvimos los niños anteriores, ni si leyendo estas notas me imaginarás retrógrado y medroso, y a ti, valiente y en vanguardia. Pienso que tú serás un niño —lo eres— más *civilizado* que yo, pero *gozarás* de lo peor de una civilización más destructiva que la mía aun —olvidadiza, torpe, desjerarquizada—, que os da a los niños mundos ilusorios para suplicaros perdón por lo que os quita, por la

amenaza que os instaló a la vuelta de la esquina. Destruisteis la rosaleda del jardín para construirs un refugio antiatómico; porque antes habíais desencadenado la muerte... No; dispensa, Tobías, olvídale. Qué error: personalizar en ti o en mí una ideología, una postura. No. Tú y yo somos simplemente dos víctimas; no otra cosa que peoncillos de un juego de ajedrez. Cada uno cumple su misión, y se halla en su sitio y su tiempo. No habrá mejores ni peores: al final todos habremos conducido —y habremos sido conducidos— a la catástrofe. Todos fuimos precisos. Y quizá para Alguien, si es que existe, permaneceremos eternamente niños: niños asesinados... Esta duda no podrás tú disipármela nunca. Cada uno tiene su intransferible infancia —buena o mala, qué sabe nadie hasta después—, y no se arriesgaría a desear otra ninguna. Lo más que cabe hacer es, luego, embellecerla. ¿O no es lo que yo hago?

Pero no te hablaré hoy de eso. Te hablaré de un momento que, por tembloroso, tendremos con certeza en común: el temblor no varía. Me refiero al momento en que pises, para salir, el umbral de la infancia, y te detengas, y mires hacia adelante y hacia atrás indeciso. La pubertad te va cambiando el cuerpo; la adolescencia, el alma. Y tú sobrecogido te preguntas quién fuiste, y quién eres, y en quién te vas a convertir. Como si se tratase de una investidura en lugar de un trabajo. Dos sillas tienes —la infantil y la adulta—, y te sorprendes sentado en el suelo. Avanzas —¿o no avanzas?— montado a dos caballos: uno que ya abandonas; otro, que aún no se deja dominar. Y es urgente, ante todo, individualizarte, identificarte; pero de dentro a fuera, a nadie se lo debes consultar... ¿Cómo te ven los otros, y qué relación hay con el tú que tú ves? Un tú difuso, tornadizo, esquinado, repentinamente jubiloso y repentinamente entristecido. Sobre tu soleado campo de ayer las anchas sombras de las nubes no acaban de pasar. Qué lejos van tus padres, qué lejos tus hermanos. Qué soledad y cuánta confusión... Tiene que ser así, To-

bías. Para crecer —y eso es adolecer: crecer y estar enfermo— esta crisis es necesaria. Te has recludo en una cabaña aislada, de la que volverá un Tobías diferente. En ella aprenderás a resolver qué es lo justo y lo injusto, a ejercitar —menos solo de lo que te lamentas, porque la vida no nos abandona— tu propia censura sobre lo que hasta entonces te fue dado o impuesto. Pero, en tal laberinto, cómo procuras nuevas amistades, qué bruscos saltos de humor, qué sufrimiento sin razones, con qué facilidad te adhieres a ideas insólitas, a insólitas devociones incondicionales, qué desprecio ante tu cuerpo, de pronto ajeno y nada amable. Sin embargo, hay que disimular: el sentimiento de inferioridad lo disfranzas con una aparente autosuficiencia y un encastillamiento, que te apartan aún más de cuanto amabas.

Y una mañana, cuando más honda sea tu decepción, cuando los antiguos valores absolutos —el todo o nada, el blanco o negro— se hayan desintegrado, alguien sonreirá mirándote a los ojos. Y su mirada te embellecerá, y te notarás más alto y más robusto, deseable por fin y deseado. Será un día en que el mundo entero se transforme en un secreto tuyo; en que te sofocará la respiración esa mirada, tanto si permanece como si se desvía. Te hará temblar las piernas, que ya creías tan firmes, un leve roce solo, o ni siquiera: el amago de un roce, o su simple esperanza, o su desesperanza... Dentro del baño, a solas, con la puerta cerrada con pestillo, cantarás sin responder a ningún por qué: ni tú mismo podrías responderte. No sabes; no lo sabes. Con vehemencia saldrás en busca del cartero, exigiéndole cartas que nadie había quedado en escribirte. Habrá tardes que pesarán toneladas, y noches que te juzgarás impotente de soportar sobre los hombros; hasta que, por un imperceptible e involuntario movimiento, las dejes caer —o mejor, vuelen ellas— y, liberado, brinques. Echarás de menos aclaraciones, nortes, compañía, consuelo; y no sabrás solicitarlos, ni a quién... Es la hora, Tobías. Se habrán ido los



héroes. (Los míos fueron Héctor, Patrolo, Perseo, Aquiles, Ulises, y Sandokán y Yáñez, y el Capitán Tormenta y el León de Damasco.) Se habrán ido tus héroes, y estarás solo tú. Y tú serás tu héroe.

Cuando la vida te parezca un callejón sin salida con un montón de basuras al fondo, aguarda. Lo lógico sería retroceder; no lo hagas. Salta sobre la basura, y busca. Hay salida, hay salida. No te preocupes por el olor mientras la descubres: la vida, Tobías, suele oler así. Lo excepcional es lo otro: que, de cuando en cuando, la belleza triunfe —pero a muy duras penas— y se quede, desolada, esperando que alguien se fije en ella; desolada en su ancha y larga avenida desierta. La de-

cepción no proviene de que la vida sea sucia y fea, sino de que nos habían engañado; sino de que los mayores —que no te suceda a ti, Tobías— no ven la vida limpia y bella jamás.

La ciudad que se ama

A los hombres no puede despiezárseles. Ni a su historia, tampoco. Es un todo revuelto que solo acaso la distancia ordena. Algo que se enriquece o se empobrece —o ambas cosas a la vez y en distinto sentido— según las épocas. Pero las anteriores subsisten bajo las siguientes. Puede pensarse que la cultura tiene conexión con el cultivo de la tierra, y es la forma de vida de los campesinos: su actitud frente al mundo. Puede

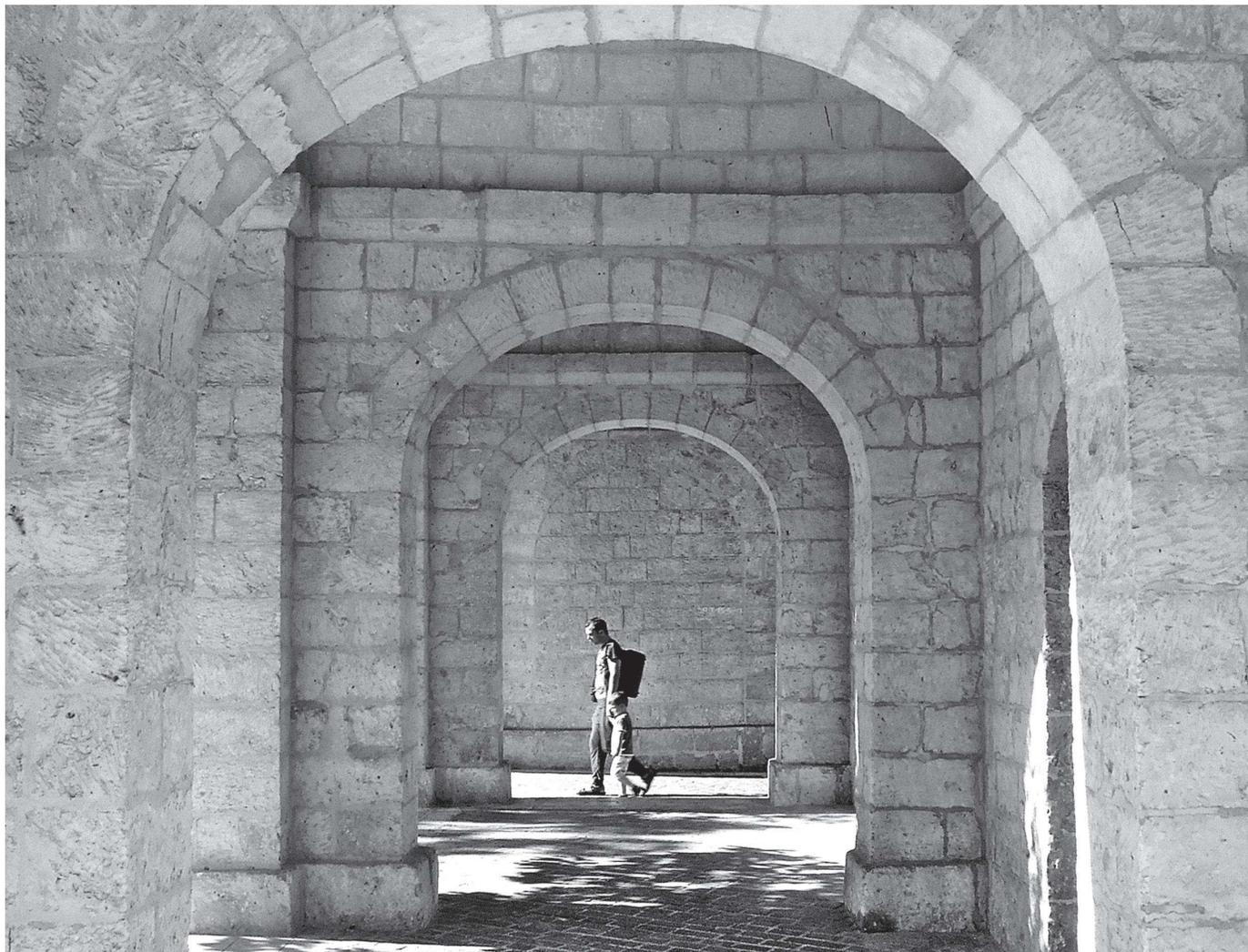
Yo soy un ciudadano. Amo la ciudad como contenido y como vínculo. Amo lo que la ciudad significa de orden y gracioso dominio de la Naturaleza, de protección y abrigo, de inmensa casa donde los hombres fraternizan. [...] Amo las ciudades que tienen su propio rostro y sus propias facciones, distintas de las otras, reconocibles desde lejos. Rostros con dimensiones humanas todavía, de los que todos debemos sentirnos responsables, de los que todos somos herederos...

pensarse que la civilización se relaciona con la ciudad, un paso más: la agrupación de hombres, los contactos de unos con otros en un mismo lugar, la solidaridad, el mutuo auxilio. Puede pensarse que la mecanización es otro paso —no sé si en buena dirección o en una equivocada—, que se refiere a una época en la que el hombre delega sus funciones en máquinas y en artefactos... Según eso, el hombre fue agricultor primero; ciudadano, después, y, por fin, industrial. ¿Por fin? Es tu turno, Tobías.

Yo soy un ciudadano. Amo la ciudad como contenido y como vínculo. Amo lo que la ciudad significa de orden y gracioso dominio de la Naturaleza, de protección y abrigo, de inmensa casa donde los hombres fraternizan. Cada casa sería como un cuarto de estar privado a lo largo de los anchos pasillos de las calles, próximo a los lugares comunes, los salones en que tomamos café juntos, bailamos juntos, vemos juntos teatro o cine, o escuchamos música. Amo las ciudades que tienen su propio rostro y sus propias facciones, distintas de las otras, reconocibles desde lejos. Rostros con dimensiones humanas todavía, de los que todos debemos sentirnos responsables, de los que todos somos herederos...

ros... ¿Aún quedará en el mundo una ciudad así? ¿Quién la describiría? ¿Son descriptibles el aire envuelto en luz, la luz que entenece las superficies, el balanceo de una acacia, la adelfa roseando el viejo muro, el ciprés paralelo a la torre, el sabio y manso río? Y, por si fuera poco, ¿es solo todo eso una ciudad?

Hay ciudades en las que uno nace, y luego apenas vuelve a ver. Hay ciudades a las que uno anhela viajar, a las que por fin conoce y contempla, cuyas costumbres advierte desde fuera, curioso y complacido, y anota en su cuaderno. Hay ciudades en las que a uno le ha sucedido lo inolvidable: el empujón de una mirada contra sus ojos, la furiosa desolación que la belleza nos produce, el chirriar del sol quemándose en un agua, un encuentro fortuito y necesario, como si el destino —en aquella plaza, bajo aquella escultura, en aquel pasadizo— hubiese trazado una cruz encarnada. Hay ciudades cuyo nombre uno deletrea desde niño, con el deseo irrealizable de pasear por ellas, de envolverse, como en un manto antiguo, en su olor, de recorrer lo que pervive de la tierra que recorrió cualquiera de sus héroes: Babilonia, Ctesifonte, Ecbátana. (¿Qué queda de ellas ya, de su ápice, de la gloria que fueron, de aquello por lo que “Ingresaron en el impío libro de la Historia? ¿Qué queda, sino lo que nosotros les llevemos: nuestra memoria y nuestro amor?) Hay ciudades en las que uno habita y nada más. No es poco, pero nada más. Vive y muere. Las cruza para llegar al trabajo, distraídamente, pensando en lo que dejó o en lo que espera. Apenas si tal ciudad quiere decirle algo, y, en cualquier caso, será algo que él no está dispuesto a escuchar. Una ciudad de todos, pero no particularmente nuestra. No la ponderamos, no la piropeamos, no le agregamos una flor en el pelo, ni una risa. Funciona y nada más. Igual que un piso con muebles que se alquila... Y hay ciudades en las que se duerme. Son menos nuestras aún que las últimas. A ellas vamos tan solo a descansar, ya con los ojos casi cerrados. No las miramos, no las vemos. Están ahí para vernos dormir.



Las noticias del día, la cena apresurada y el sueño. Un sueño resentido y aséptico. Necesario para empezar mañana; para permitir que nos alejemos de esa ciudad mañana, en busca de aquella otra en la que trabajamos.

Pero de tales ciudades no hablo yo, Tobías. Hablo de la ciudad que se ama, de la que se es. Porque la ciudad es cosa de sus hombres, pero solo aparentemente: lo cierto es que los ciudadanos le pertenecen a ella. No por haber nacido allí, ni por otra razón explicable, sino porque han sido absorbidos por ella, adjudicados a ella de antemano, sellados por su sello. Con la drástica certeza del amor, que ni vacila, ni consulta... Hay hombres

expulsados de su ciudad, cuya vida es toda ya una trayectoria indiferente. Se van secando sin remedio: al ser humano no se le da una segunda opción en cuanto a su ciudad. Vivirán de prestado, y un suelo ajeno recogerá sus restos, vueltos los ojos a la ciudad que aman y a su voz requerida... Otros hombres navegan por el mundo en busca de ciudad que no tuvieron. La presienten, la huelen. No ignoran que jamás podrán entregarse a otra, amar a otra. Algunos mueren sin haberla hallado: en la horca, en la silla eléctrica, en un manicomio, o de tristeza. Hace siglos hubieran sido quizá fundadores. Tu América está llena de ciudades que hombres así fundaron

como quien engendra un hijo: sin presentir su porvenir, ni su tamaño, ni el color de sus ojos: amando nada más. Pero nuestro tiempo es trivial. No es tiempo de héroes.

Yo recuerdo los barrios indecibles, las tabernas con olor a serrín húmedo y a vino de la tierra, los bebedores taciturnos, un parteluz de mármol blanco en un mirador de piedra, una calle que trepa hasta el crepúsculo, las hojas de los falsos castaños sobre el suelo del otoño. (Yo a mi ciudad la recuerdo en otoño, porque la recuperaba tras el verano fuera de ella.) Las mujeres orondas, sentadas a su puerta en sillitas de anea. “¿Dando una vueltecita? Hasta ahora mismo.” (Siempre era un callejón sin salida.) El día entoldado y la tarde con sol, Los islotes verdes sobre el cuerpo tendido en paz del río. Los molinos de agua, muertos, testificando. El poyo circular del patio atiborrado de macetas. Un niño que pasea, despacio, muy despacio, bebiéndose el aire que había emborrachado a tantos antes que a él: levanta los ojos y ve los excelsos muros, las torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía, el arcángel dorado, el sol dorado, el pasado de oro.

Si levantas los ojos tú, Tobías, ves a Penn sobre el ayuntamiento. (En Philadelphia nada hay más alto que la estatua de Penn.) Si los bajas, uno de los *pensadores* de Rodin, y un prunus como una aldea entera, y un *princesstree* de color lila, y una traducción literal del Partenón, y la biblioteca reconstruida de Benjamin Franklin. Y ves la *Liberty Bell*, y el botón de la amistad en el remate de los pasamanos de la escalera, de marfil o de ébano, según se haya pagado o no la obra. A tu alrededor ves tu ciudad, Tobías. Sea como sea, ámala para siempre. Si no, estarás perdido.

El miedo

Tú sabes que la Historia es distinta según el que la escribe: según su sentimiento y su distancia. No es la misma, por ejemplo, contada por América del Norte que por la del

Sur. Pero también varía de acuerdo con el eje alrededor del cual se la observe girar. Ese eje no es siempre —aunque quizá debiera— el hombre, ni los pueblos. A veces es la guerra, o la opresión de unos por otros; otras, muy pocas, el amor. Pero siempre hay un ala oscura que planea por encima de todas las versiones; siempre hay un enlutado protagonista: el miedo. Esquivarlo o protegerse de él es el origen y la última finalidad de cualquier civilización. Aún no se ha conseguido. Por el contrario, dando la vuelta a su propio destino, parece que hoy es la civilización precisamente quien nos da más miedo: un miedo provocado por sus beneficiarios.

Con el miedo comienza, en efecto, la historia de la Humanidad: al dolor, a las fieras, a la soledad, a la noche que se lleva la luz irreversible, al infinito frío, a la enigmática destrucción por la muerte. Pero el hombre comprueba, a tientas, poco a poco, que solo es inmenso lo que no abarca él; solo tenebroso, lo que no conoce; solo temible, lo que no comprende. Y echa a andar contra el miedo... E, igual que a la Humanidad entera, le sucede a cada hombre. Sufre el niño los mismos terrores que la Humanidad sufrió en su infancia, y va sanando de ellos. Y más tarde rechaza, con superioridad y suficiencia, los fantasmas nocturnos infantiles, las momias que se desvendaban a sí mismas, los gorilas gigantes, las heladas manos de los secuestradores, las carcajadas de los asesinos. El niño acompañado sabe que es inmortal e invulnerable; pero sabe también que el peligro y la muerte lo acechan en cada esquina de la soledad... He oído con frecuencia hablar de un niño que, a los dos y tres años, descendía de su cuna, sonambulillo aterrado, e iba hasta la cama de sus padres, en un cuarto no próximo. En medio de los dos lo recibían; pero una noche decidieron no hacerlo más. El niño entonces se tumbaba, descalzo y en su pequeño pijama celeste, sobre la alfombra. Decidieron cerrar por dentro el dormitorio matrimonial. Y el niño permanecía hecho

un ovilla ante la puerta. Decidieron cerrar, cada noche, por fuera, el dormitorio del niño. Por la cerradura veían cómo, durante mucho tiempo, durmió tendido ante la puerta, esperando que alguien, iluminado y salvador, la abriese. Ese niño — ya te lo he contado, Tobías— padeció luego el pavor de atravesar despierto —y tan despierto— toda la casa, noche por noche, en busca de una arqueta de tabaco. Ese niño fui yo. Los espantos me curaron de espantos. Nunca más tuve miedo.

Recuerdo, adolescente, un atardecer castellano, en un pinar familiar e interminable. (Familiar por ser de la familia, no por acostumbrado.) Me perdí. Confundía los pinos idénticos y la tierra arenisca. Corregía una y otra vez las direcciones sin ver el fin de nada. Era la luz lo único que iba teniendo fin. Allí estaban los troncos silenciosos y las terrinas mudas, colgadas en sus llagas, donde sangraba la resina. Torcaces invisibles brotaban y cruzaban, entre las altas copas verdes, con un ruido de seda rasgada: igual que un desafío, o una intimidación, o una advertencia. Supe que debía sentir miedo. En la realidad se repetían los antiguos pavores; coincidían los antiguos visitantes; a cada momento tropezaba más, me extraviaba más; el pinar se desentendía de mí como de un forastero indeseable; me repetía con susurros que estorbaba... Supe que debía sentir miedo. Pero no lo sentí. Me abandoné, insignificante y confiado, al pinar, a las palomas, a los cruji-dos, a la arena, al mundo. Me senté, apoyado contra un tronco. Llegó la noche y —despacio, muy despacio— me arropó como a una cosa suya... Cuando llamé al portón de la casa de Cuéllar era media mañana.

Tienes, Tobías, la edad en que yo empecé a triunfar del miedo. Del miedo a todo, piénsalo bien. Miedo al padre, que descubre lo que no deseamos; al profesor, que puede estropear tantos proyectos; al fracaso o al éxito; al castigo justo o injusto; a la

verdad y a la mentira; a la humillación o al desprecio de los demás. Miedo a la decepción de la amistad, y al enemigo real o imaginario. Miedo al miedo, que es capaz de transformarnos en cómplices de cuanto malo hay en el mundo. Miedo a proclamar nuestra verdad frente a las monótonas medias verdades de los otros... Plantéatelo desde ahora mismo, Tobías, como me lo planteó a mí quien me amó más que nadie: con rigidez y raciocinio. Aparte de las fuerzas sobrehumanas, nadie más que tú, en tu interior, puede dañarte. Quien quiera hacerlo sin tu consentimiento, es que se beneficia. Escúpele a la cara. Frente a las amenazas, las zancadillas, los falsos juicios, los desaires de los poderosos, siente tristeza y asco: miedo no. Frente a las agresiones, las violencias, los chantajes, siente desprecio o ira: miedo no. Miedo no tengas tú. Exorcízate de él. Hasta que seas, por dentro y por fuera, todo lo independiente que puede ser un hombre, hazte fuerte. Y apoya a los más débiles: ésa es una gimnasia que te fortalecerá el hombro. Cuando llegue la hora de arri-marlo, resistirá un miedo mucho más pesado de lo que creíste nunca resistir.

No sé si serás, más adelante, un triunfador; no sé si serás un gran hombre, del que todos —quienes vivan— se muestren satisfechos y orgullosos. Si es así, no se te ocurra olvidar tus terrores de niño, que coincidieron con los de aquella Humanidad, valiente y frágil, que empezaba. Y no llegues al extremo desdén que ella ha llegado. Para eso, recuerda que si no hay quien te dé miedo, no has de tenerlo; y que si no hay quien te lo quite, ¿para qué tenerlo? Y recuerda también que los cobardes son siempre mentirosos, porque nunca se atreven a afrontar la verdad. Si no logras convencerlos de que lo hagan, apártalos de ti. Apártalos con el mismo gesto con que apartes a quienes sacan ventaja del ajeno temblor. Te sentirás más solo, pero también más ágil y más limpio. ◆